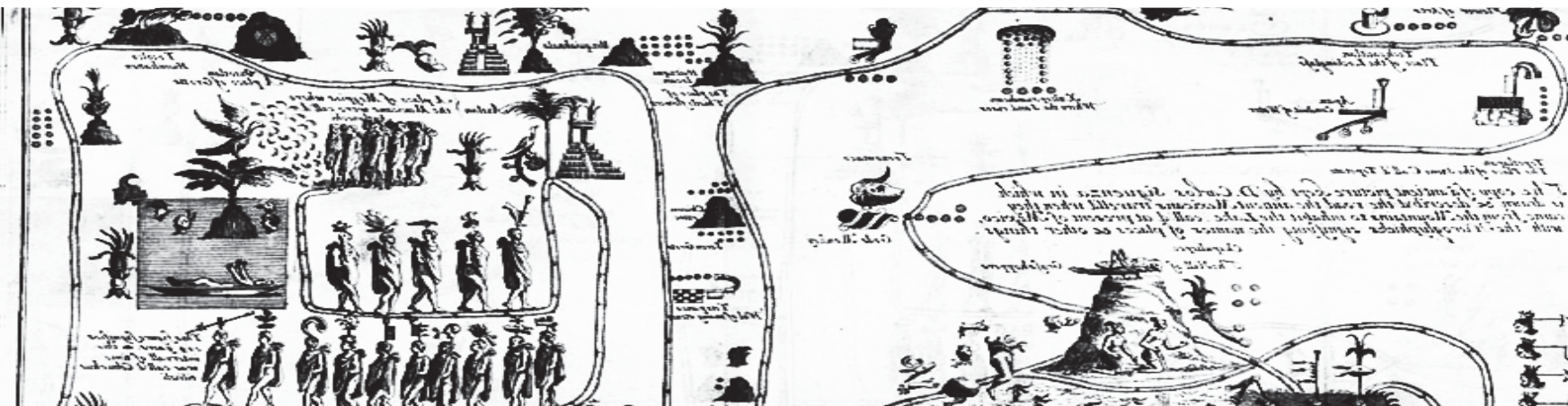




**L**a carta del niño Ramón López Velarde, de 7 años de edad, dirigida a sus padres desde la Ciudad de México, es el primer registro que se tiene del poeta en los aires del Valle de Anáhuac. Fechada el 22 de febrero de 1896, el documento lo dio a conocer el infatigable y curioso Luis Noyola Vázquez en 1949 en el número 7 de la revista *México en el Arte* dedicado al poeta. En esa amorosa cartita, el niño da cuenta de que su tío paterno Pascual sigue con dolores y que su esposa, tal vez por no descuidar al enfermo, rara vez sale de casa, por lo que han sido contadas las ocasiones en que ha visitado el centro de la capital. ¿Cuántos días estaría lejos de la casa solariega de Jerez donde la tía solterona, Elena López Velarde evocada en la misiva, cuida de sus hermanos? Aventuro que al menos un par de semanas, el primogénito de doña Trinidad Berumen y don Guadalupe López Velarde, estaría en la gran ciudad sumando faltas a su boleta escolar y a la del catecismo. En ese papelito, doblado en cuatro folios, anota un punto de la ciudad donde los tíos y el sobrino se hospedaron: Puente de Santa Ana. ¿Fueron recibidos por un familiar o se quedaron en un mesón de ese rumbo próximo a la Estación de Santiago Tlatelolco? Cotejando mapas de la época, identifiqué muy cerca de allí la Parroquia de Santa Ana, en el corazón de Peralvillo, y un poco más al norte, la Aduana y el Hipódromo. En ese año, todavía don Pascual López Velarde, padrino de bautizo de Ramoncito, se dedicaba a la minería haciendo empresa con su hermano Mateo quien moriría asfixiado en un tiro del Mineral de Catorce en San Luis Potosí. Bajando en un tranvía de mulitas, en línea recta, por la actual calle de Jesús Carranza —llamada todavía a principios del siglo XX, Pte. Tezontlale— los provincianos descubrían, calle a calle, la llamada “ciudad de los palacios” y “de las cúpulas”. La primera gran sorpresa sería el conjunto arquitectónico alrededor de la Plaza de Santo Domingo donde, justo un año atrás, la jovencita Margarita Quijano leyó el poema “A la Corregidora”, la última creación surgida del cuerpo y del espíritu de Manuel Gutiérrez Nájera.





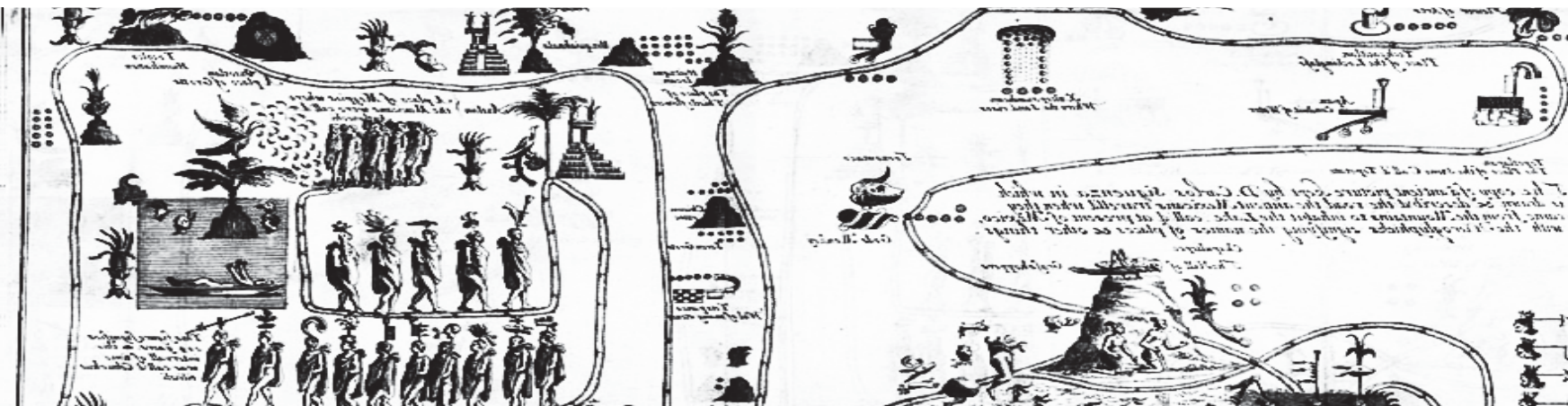
libres para revisar y corregir su poema “La noche de Walpurgis”. A una distancia mayor, el recién graduado Enrique González Martínez abre un consultorio médico en Culiacán, Sinaloa, después de tomar la decisión de abandonar su natal Guadalajara en compañía de su prole. De regreso de Mazatlán y Guadalajara, José Juan Tablada pasa algunos meses de 1896 en el hospital de San Hipólito en un proceso de desintoxicación por consumo de drogas. Bajo la luz de esa estrella de cinco puntas de la poesía mexicana, en las décadas por venir, el adolescente y joven López Velarde forjará sus armas y sus letras para también afirmar, como diría el florentino, “y entre esos altos ingenios, el sexto fui yo.”

Pasarían poco más de tres lustros para que el jerezano retornara, en marzo de 1912, a una muy cambiada Ciudad de México.<sup>1</sup> También este joven

<sup>1</sup> Con base en un pasaje de *Génesis del Congreso Constituyente 1916-1917* de Jesús Romero Flores, José Francisco Pedraza Montes menciona en *Ramón López Velarde en San Luis Potosí*, que el poeta asistió a la Convención Nacional Antirreeleccionista que se llevó a cabo en la Ciudad de México el 10 de abril en el Tívoli de Elíseo. Esta convención donde se eligieron candidatos a presidente y vicepresidente de la República, realmente se realizó del 15 al 17, aprobando la fórmula Madero y Francisco Vázquez Gómez. Informa Pedraza Montes que los delegados por San Luis Potosí fueron Manuel Aguirre Berlanga, Pedro Antonio de los Santos y Ramón López Velarde. El Tívoli del Elíseo, enorme centro recreativo del esplendor del Porfiriato, se localizaba en la actual colonia Tabacalera, en la esquina de Puente de Alvarado e Insurgentes Norte. Según las pesquisas de Guillermo Sheridan, el escritor no estuvo en la referida convención, “obligado por su conciencia a terminar sus estudios antes que otra cosa.” (Sheridan, *Un corazón adicto*, p. 80).

veinteañero ha mudado en muchos aspectos, no solamente en lo físico que destaca por su espigada y robusta talla o su vestimenta de abogado de provincia. Durante esos 16 años, hizo estudios en Zacatecas, en Aguascalientes y en San Luis Potosí. Pasó por el seminario zacatecano fugazmente. En una visita a casa de su tío Salvador Berumen, en una mañana iniciática de 1897, conoció y se enamoró perdidamente de Josefa de los Ríos, la futura Fuensanta, su “amor constante más allá de la muerte”. Desde 1906 ha publicado poemas y artículos en periódicos y revistas de Guadalajara y Aguascalientes con comentarios halagadores y las mejores expectativas para un escritor “cachorro”. En noviembre de 1908 murió su padre y en el siguiente otoño, el de 1909, sepultó también sus ilusiones terrenales de amar a Fuensanta en la constancia más vital de la vida.

Afortunadamente para su doble luto, los vientos políticos que remueven la dictadura de Díaz despabilan y llaman a la acción al estudiante de leyes. Simpatiza, como varios de sus condiscípulos, con el movimiento anti-reeleccionista de Madero y se apresta para apoyar la candidatura del político de Parras una vez que defina su candidatura para la justa democrática de 1910. En su gira por el país, el autor de *La sucesión presidencial* hará una parada en San Luis Potosí, del 27 al 30 marzo de esa mismo año, ocasión que tendrá el poeta para conocerlo y tratarlo. En todo el país, el maderismo no cesa de crecer en apoyos y simpatizantes. Preocupado y torpe, el gobierno en-





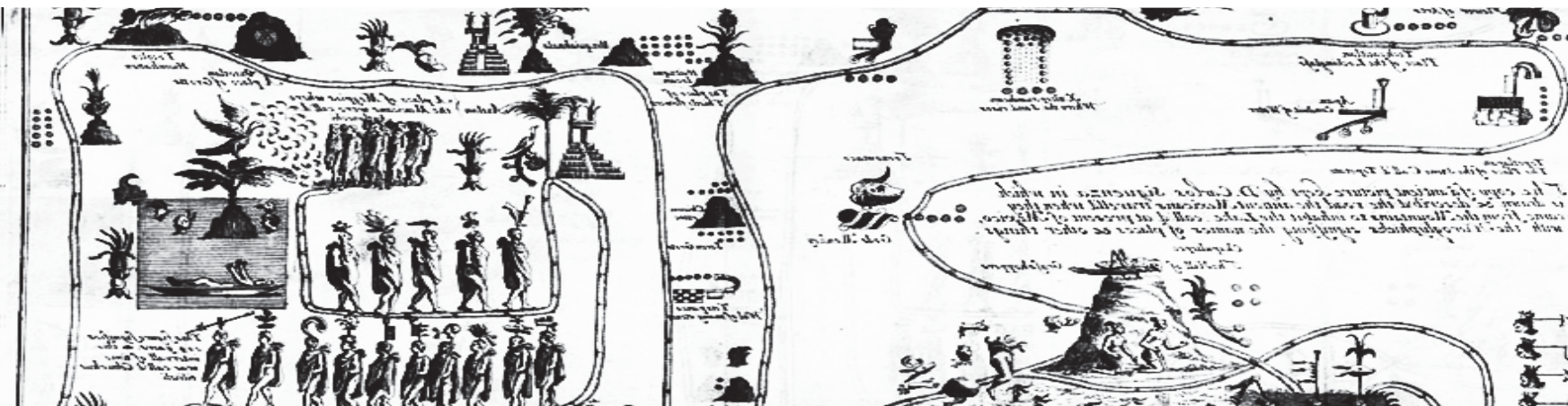
sús, arregla asuntos en la capital potosina y marcha a la Ciudad de México con la expectativa de colaborar con el gobierno maderista. Ha comenzado la primavera del año de 1912 y el horizonte de la nueva administración pública presenta tolvaneras, incendios y tempestades. La más reciente calamidad es el alzamiento en Chihuahua de Pascual Orozco que tiene en vilo al ejército federal tras la derrota de la Estación de Rellano el 24 de marzo. Las tropas zapatistas, especialmente en Puebla, Morelos y el Estado de México, no han dejado de presentar combate, de tomar pequeñas localidades y de incrementar su capital político. Para colmo, la prensa local, sometida y comprada por la dictadura porfirista, ahora se da vuelo y arremete con locura y cinismo contra el presidente y sus ministros, incluso contra la esposa del primer mandatario. En estos días, también, en la embajada norteamericana, Henry Lane Wilson remite cables alarmistas y tendenciosos a Washington sobre una supuesta e incontenible debacle del nuevo gobierno. Bajo estas enfebrecidas y preocupantes coordenadas, López Velarde busca audiencia en Palacio Nacional a fin de ofrecer sus servicios. En un mal momento, tal vez, se topa con Madero en el ascensor y éste, con varios navíos zozobrando en su cabeza, lo recomienda sin más para que se entreviste con el ministro de Justicia, Manuel Vázquez Tagle, quien concederá al zacatecano un mísero cargo de secretario del juzgado cinco menor al que pronto habrá de renunciar.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Como se lo cuenta a Guadalupe Appendini, refiere Jesús López Velarde que el cargo “lo desempeñó por poco tiempo, dado que su tempe-

Posiblemente frustrado y herido en su amor propio por las migajas recibidas, el joven poeta se olvidó de la política y buscó posibilidades laborales en su ámbito profesional. En esos días de tensión y desilusiones, también procuró la compañía de un viejo amigo de sus años en Aguascalientes, Pedro de Alba, quien estaba por concluir la carrera de medicina en la Universidad Nacional. ¿Estaría al tanto López Velarde de la polémica suscitada a finales de enero de 1912 entre los estudiantes capitalinos y José Vasconcelos, entonces asesor cercanísimo de Madero? Entre los mítines y la guerra de tinta, el joven de Alba envió una carta que contrataba las injurias lanzadas a los estudiantes por parte del ateneísta quien los había llamado “degenerados y cómplices de la tiranía de Díaz”; el aguascalentense, según la crónica de Alfonso Taracena, cuestionó “al licenciado Vasconcelos diciéndole que para que éste sea una “personalidad” le faltan muchas cosas, entre otras, ‘la de convencer al público de esa su cacareada superintelectualidad de que tanto alardea. (...) Llama soporífera la disertación de Vasconcelos sobre Barrera, afirmando que hizo bostezar a muchos.”<sup>3</sup> En su complicidad de provincianos, los jóvenes amigos se confiaron, seguramente, sus pequeñas grandes hazañas y las ilusiones que depositaban en la gran ciudad. En esos primeros meses, Pedro de Alba sería el atento y cordial Virgilio del nacido en Jerez por las calles y los laberintos de la capital de los virre-

ramiento no le permitía lanzar a las personas y quitarles sus pertenencias.” (Appendini, *RLV. Su rostro desconocido*, p. 18.)

<sup>3</sup> Taracena, *La verdadera Revolución... 1912-1914*, p. 22.





cisco Madero: “¿Qué probabilidades tiene el festín famoso? ¿Ya consiguió un ascenso por todos conceptos meritorio.”<sup>6</sup> En esos meses iniciales de 1912, Correa era partidario de que Madero dejara la presidencia y de que el mejor candidato para sucederlo no podría ser otro que Francisco León de la Barra, el del “interinato negro” a decir de Vasconcelos, quien regresaba de Europa y era recibido en Veracruz por unas cinco mil personas entre vítores y flores. No obstante esos infortunios y amenazas, el joven poeta se mantuvo leal a la causa de Madero hasta las últimas consecuencias, defendiéndolo en repetidas ocasiones con su pluma desde la redacción de un diario católico.

\* Del libro en preparación *Un acueducto infinitesimal. Ramón López Velarde en la Ciudad de México 1912-1921*. (Calygramma-FONCA).

<sup>6</sup> RLV, *Correspondencia Eduardo j. Correa*, p. 161.

